

# O te aclimatas o te aclimueres

La mujer invisible:  
aspectos de la emigración en la frontera con California.

**P**odría afirmarse que, a pesar de los intentos de rigor científico en el estudio de la emigración mexicana a los Estados Unidos, poco conocemos todavía en concreto acerca de la participación de la mujer en lo que ha sido uno de los más largos procesos de dislocación social. El estudio de la emigración mexicana se ha enfocado casi siempre hacia quienes se consideran los principales protagonistas: los hombres. El componente femenino de la emigración ha sido tratado por lo general de manera circunstancial y secundaria, y poco se ha estudiado a las mujeres emigrantes, o a las que se encargan de la familia mientras el marido estabiliza su situación económica y puede reclamarlas, o menos aún a las mujeres que quizá se quedan para siempre abandonadas.

Sin embargo, la participación de la mujer en el proceso migratorio no es novedosa ni reciente. Ya por 1930 Manuel Gamio incluía en su libro *Mexican Immigration to the United States* algunas entrevistas a mujeres, muy reveladoras de lo que fue su función en el sostén y mantenimiento económico de aquellas familias emigrantes. También Paul S.

Taylor debe ser considerado como pionero en este campo, aunque su estudio sobre "Mujeres mexicanas en la industria de Los Angeles en 1928" no haya sido, desgraciadamente, editado sino hasta 1975.

Los nuevos datos sobre la corriente migratoria femenina, así como las encuestas recientes, muestran cómo los trabajadores indocumentados casi nunca entran en solitario, sino que son generalmente parte de una larga cadena de familiares y amigos, sólo en apariencia invisibles, y de la cual las mujeres son eslabones fundamentales. A pesar de esta información, se continúa omitiendo a las mujeres en encuestas tan recientes como alguna de 1977. Sin embargo, ciertos estudios recientes han demostrado que las mujeres no han sido agentes pasivos, ni en los desplazamientos del campo a la ciudad dentro de la República Mexicana, ni en los movimientos hacia los Estados Unidos. Y aunque justo es reconocer que algunos profesionales empiezan a abandonar viejas actitudes sobre el significado y la hegemonía de lo masculino en el proceso migratorio, hemos de aceptar que en este cambio o toma de conciencia, mucho han contribuido los aportes que sobre emigra-

ción femenina intradoméstica o internacional han llevado a cabo diversas investigadoras.

Son fundamentales en este sentido los estudios de Patricia Fernández Kelly sobre las maquiladoras de las zonas fronterizas, que han sido poderosos polos de atracción, no sólo en sí mismas, sino como etapa final para el salto hacia los Estados Unidos. En su extraordinario *Chavalas de maquiladoras*, donde nos enteramos —entre muchas otras cosas— que un 93 por ciento de las trabajadoras de las empresas maquiladoras son mujeres cuyas edades fluctúan entre los 17 y los 24 años, Patricia Fernández Kelly no sólo pone en evidencia la explotación de esas fábricas, sino que afirma la estrecha correlación que existe entre las maquiladoras y las emigración de mujeres ya no tan jóvenes hacia las ciudades estadounidenses que colindan con las ciudades fronterizas mexicanas. Dato éste fundamental para la comprensión de las páginas que siguen.

Hemos tratado de fundir, esquemáticamente, los datos y resultados de dos trabajos: uno titulado "Mujeres emigrantes del Condado de San Diego", escrito por Rosalía

Solórzano bajo los auspicios del U.S.— Mexican Program de la Universidad de California, San Diego, y otro que, bajo el título de "Mujeres mexicanas de un barrio que desaparece", presentó Iris Blanco en un Seminario de Historia Laboral en la misma Universidad. No fue fácil combinar un trabajo cuantitativo referente a todo un condado con un trabajo de historia oral relativo a un barrio pequeño (del mismo condado); sin embargo, la confrontación de los datos demostró, no sólo la complementareidad de los muestreos, sino la similitud de los hallazgos y conclusiones: lo particular encajaba en el cuadro general, y viceversa.

\*\*\*\*\*

En el fronterizo condado de San Diego, de una población aproximada de 1.8 millones de habitantes, la población mexicana alcanza ya oficialmente el 13 por ciento. Además del incontable número de indocumentados que allí residen, hay que tomar en cuenta que San Diego es el largo corredor por donde transita variado y variable número de emigrantes mexicanos que entran y se

\* Iris Blanco y Rosalía Salórzano son investigadoras en la Universidad de Texas, en El Paso E.U.A.

cuelan de la populosa ciudad de Tijuana para dirigirse a todas las ciudades y áreas rurales del estado de California. Fluye sin cesar a través del condado un torrente humano —a pesar de todas las dificultades y las experiencias degradantes, especialmente traumáticas para las mujeres— que, en manos del coyotaje, pasa la frontera en busca de un vida mejor. Pero en este trasiego, según demuestran algunos estudios recientes, son las mujeres las más ancladas en estructuras sociales y económicas bien definidas —muchas de las cuales de su propia creación—, lo que facilita el salto a los Estados Unidos y explica, en parte, el menor número de detenciones de mujeres.

Los barrios mexicanos, sobre todo los pequeños, están compuestos casi siempre de un grupo de viejas familias que constituyen un sólido núcleo de apoyo y ayuda a la constante corriente de familiares y amigos que van y vienen, intentando quedarse del otro lado. Estas familias establecidas son a menudo centros de redes de parentesco y amistad donde las mujeres desempeñan un papel determinante, ya que son ellas las que pueden o no ofrecer alojamiento, y no pocas veces los contactos para conseguir el primer trabajo. Las mujeres parecen ser más cooperadoras y abiertas entre sí que los hombres. Es corriente oír, hasta en los autobuses, cómo las trabajadoras mexicanas se informan mutuamente sobre posible chambas y cómo informan sobre el salario mínimo a las recién llegadas. Entablan conversaciones (en español, por supuesto) con la naturalidad y sencillez de quienes comparten los mismos oficios y, para

ellas, todo contacto es importante, puede significar el principio de un vínculo amistoso o de una cooperación económica.

Los primeros contactos en un barrio establecen a la larga relaciones de reciprocidad, respeto y agradecimiento muy difíciles de olvidar. Es de notar que, muy comúnmente, los rencores en los barrios se remontan al punto en que los recién emigrados fueron o no ayudados. No hay acto más imperdonable y más vengativo en una comunidad mexicana que echarle la migra a alguien, es decir, denunciar al indocumentado a los servicios de inmigración. En cualquier barrio todo gira alrededor de la necesidad de ganarse la vida sin ser percibido por las autoridades estadounidenses: no hay familia que no tenga sus indocumentados. De ahí ese querer ser invisibles, de que tanto se ha hablado a propósito de los mexicanos en los Estados Unidos, y que no tiene nada de metafísico.

Las mujeres emigrantes no sólo tienen un papel coordinador en la vida del barrio sino que su aporte económico es también básico, trabajen dentro o fuera de casa. Es común encontrar que varias mujeres se organicen para liberarse mutuamente o liberar a otras del cuidado de los niños cuando tienen que trabajar fuera de casa; y entre las que se quedan en la casa, están quienes, por negocio, cuidan niños ajenos, en tanto que otras cocinan o tejen para los demás, venden cosméticos, utensilios de cocina y hasta ropa de primera o segunda mano: todo sin salir de la casa, participando así en lo que se ha dado en llamar eufemísticamente "economía informal" sin la cual, según ciertos economistas, no puede expli-

carse cómo funciona la economía mexicana, es decir cómo se defienden los pobres del llamado "Tercer Mundo" o de un barrio mexicano dentro de los Estados Unidos donde, debido a la pobreza y al desempleo endémico, nunca se han abandonado los patrones de la familia mexicana extendida y numerosa.

Tampoco es raro encontrar mujeres como cabeza de familia, ya que el abandono del hogar o del terruño sigue siendo, por lo general, "privilegio" del varón, según sabemos por una historia de siglos. Es interesante y común oír comentarios despectivos acerca de los hombres solos, de aquellos que nunca han establecido —del otro lado, por lo menos— lazos duraderos. En el barrio se les suele considerar como casos perdidos, sin remedio. En efecto, es mayor entre ellos la incidencia del alcoholismo y de ellos se dice: "un hombre sin una mujer no vale nada, siempre acaba en *wino*". El sentimiento de superioridad moral frente a los llamados "winos" es especialmente notable entre las mujeres (entre las cuales el alcoholismo prácticamente no existe).

Las más de las mujeres trabajan fuera de casa. Para entender la importancia del trabajo femenino entre la población mexicana emigrante, hay que tener en cuenta que el 44 por ciento de las mujeres entrevistadas se declararon mujeres solas, y la mitad de éstas dijeron ser madres solteras y cabezas de familia. En el área de San Diego, las mexicanas trabajan mayoritariamente de sirvientas. Su ingreso medio en 1982 fue de \$6000.00 anuales, cantidad que, para las que se declararon cabezas de familia, roza los límites de lo que oficialmente se considera

"miseria" en los Estados Unidos.

Situación, pues, difícil, no sólo económica sino psicológicamente, ya que ninguna de las entrevistadas había sido sirvienta en México. La mayoría proviene de centros urbanos (de Chihuahua, Zacatecas, Baja California, Jalisco, Guerrero, Michoacán...), y casi todas habían trabajado en maquiladoras de la frontera antes de llegar al condado de San Diego. Sin embargo, el servicio doméstico es el trabajo que tienen más a mano al llegar y, además, el que ofrece mayores garantías de seguridad frente a "la migra", ya que nadie les exige documentación de ningún género, y las "patronas" tienden a protegerlas dado lo caro que resulta en los Estados Unidos un servicio doméstico no emigrante, gracias a esos dos factores logran las mujeres mantener la invisibilidad necesaria para su propia protección, la de su familia e incluso, la del barrio.

Es de notar, sin embargo, que a pesar de la tranquilidad relativa que significa el servicio doméstico, la mayoría de las mujeres recuerdan con alegría y nostalgia las temporadas en que trabajaron en las maquiladoras de la frontera. Por lo general, atribuyen esa nostalgia al hecho de que entonces eran más jóvenes, a que salían a pasear con las amigas: "Se trabajaba más duro —dicen—, pero había tiempo para divertirse; por acá, como que una no está más que trabaje y trabaje".

Los estudios de Fernández Kelly explican cuál es el proceso de selección de las maquiladoras y lo difícil que es colocarse en ellas pasados los treinta años. Si se toma en cuenta,

además, la carencia casi total de especialización de las mujeres que ahí trabajan, las opciones prácticas más evidentes, una vez llegada la mujer a cierta edad, resultan la prostitución o el salto a los Estados Unidos. De ahí que, aunque satisfechas de su situación actual, la mayoría de nuestras entrevistadas siente esa nostalgia de que hablamos. Es por eso que, a pesar de que sobreviven gracias a relaciones de "patronaje", rehuyen toda plática sobre la posibilidad de sindicalización, aunque su salario no llegue al mínimo establecido legalmente ni tengan seguro médico ni vacaciones. "Mejor —dice una de las entrevistadas— ser cola de león que cabeza de ratón".

Todas las mujeres entrevistadas aceptan como lógica y natural su decisión de cruzar la frontera. A fin de cuentas, el 83 por ciento tiene una larga experiencia migratoria (del pueblo a la ciudad más grande, de ésta a la frontera), una edad promedio de 29 años y, según nuestros datos, un promedio de educación superior al de los varones. Debido a todo lo cual, aunque reniegan de su situación de domésticas y recuerden una más libre juventud, están más abiertas que los hombres a los nuevos horizontes de la vida; horizontes de los que no se excluye, desde luego, las posibilidades que ven (o creen ver) para sus hijos.

Así, en el barrio se puede pulsar la fortaleza y capacidad de trabajo de las mujeres, su interés por la educación, su combatividad cuando, convencidas, se organizan para fines fundamentales como el mejoramiento de las escuelas, de la vivienda, o de las condiciones sanitarias. El trabajar con ellas a diario borra muchas de las

mistificaciones acerca de su pasividad y sumisión. En el barrio son factor determinante: fuente de ingresos básicos, autoridad moral (en la familia o en el tejido mismo de la colectividad), e impulsoras de ideas progresistas, sobre todo con respecto a la educación. A más de que siempre encuentran tiempo y entusiasmo para organizar tanto las fiestas familiares como las celebraciones más colectivas.

Es cierto que, por lo general, tardan en arrancar, sobre todo cuando se trata de oponerse de alguna manera a las presiones de la sociedad dominante (aumento de los alquileres, lucha por obtener una educación bilingüe en la escuela primaria a la que van sus hijos, etcétera); pero una vez que arrancan no ceden fácilmente. El secreto está en que logren reunirse y organizarse fuera de casa, donde puedan escapar de la sujeción del hombre: maridos, hermanos o hijos mayores que, por lo general, prefieren abstenerse de toda actividad colectiva de orientación social (además de que, por supuesto, se molestan de que sus mujeres salgan de casa para reunirse entre sí). El saber adquirido en los años de experiencia migratoria las mujeres lo ponen en juego al servicio de los suyos, especialmente de sus hijos. En un ambiente por lo general indiferente e incluso hostil hacia los mexicanos, un barrio pequeño como el que hemos estudiado puede convertirse en la gran familia donde, a pesar de las diferencias, se atrincheran y defienden valores culturales que ellas oponen a los de una sociedad estadounidense a la que consideran humanamente fría y —como dicen algunas— "materialística".

No hay duda de que el

emigrante mexicano, aunque se aferra a sus tradiciones, nunca acaba de sentirse en casa en los Estados Unidos: "Ya una no es de ninguna parte, no sabe una ni dónde de verdad quiere estar". A pesar de lo cual, según hemos indicado, las mujeres en particular se sienten conformes y satisfechas de haber emigrado, y aunque sus viviendas e ingresos sean modestos o incluso miserables, piensan que los hijos tendrán mejor educación, aprenderán inglés y vivirán mejor de lo que ellas han vivido.

Esta situación conflictiva de los chicanos es poco comprendida por los mexicanos quienes, las más de las veces, engloban a los chicanos —todavía— bajo el despectivo genérico de "pochos". Por su parte, los estadounidenses piensan que los chicanos son incorregiblemente mexicanos, reacios a la asimilación: una minoría étnica apegada a su lengua, su música, su comida, y que parece ser, a la vez, sumisa y agresiva, no representativa y necesaria. He aquí como expresaba el periódico *Los Angeles Times* esta peculiar condición en octubre de 1982:

*Para nosotros son todos mexicanos y tenemos lo menos posible que ver con ellos. Comemos sus tacos, sus burritos y su guacamole. Llenamos nuestros patios con sus plantas y flores, pero la gente misma sigue siendo invisible para nosotros.*

*Pero nadie es invisible, ni las mujeres.*

\*\*\*\*\*

Para finalizar, recogemos aquí algunos de los datos sobresalientes que han permitido la elabora-

ción de nuestros dos estudios citados y de las esquemáticas páginas anteriores.

Dos terceras partes de las mujeres entrevistadas declararon ser originarias de alguna ciudad; es decir, se consideran netamente urbanas. El 83 por ciento de ellas tiene tras de sí historias de emigración anteriores a la llegada a los Estados Unidos. En términos generales es mayor la emigración masculina; los hombres proceden en un 50 por ciento de zonas rurales y llegan a los Estados Unidos muy jóvenes. Ya hemos dicho que el promedio de edad de emigración de las mujeres entrevistadas es de 29 años, y aunque algunas llegaron también muy jóvenes, entre las emigrantes pueden encontrarse mujeres de 35 a 47 años e, incluso, mayores de 50. El 60 por ciento de las entrevistadas dijeron ser indocumentadas. Sólo un 8.1 por ciento declararon ser analfabetas. Del total de las mujeres, 41 por ciento declararon ser solas y solteras; un 50 por ciento dijeron ser madres y cabezas de familia. Diez de cada doce señalaron haber sido abandonadas y vivir consensualmente con alguien. Las mujeres solas y sin hijos declararon que remiten dinero a sus familias de México.

Encontramos entre las mujeres de mayor edad una gran firmeza, seguridad y capacidad de trabajo; en las de edad media es obvio el conflicto entre la tradición y la asimilación a la vida estadounidense; entre las más jóvenes son notables el ansia de libertad y el afán de modernización. Y, en general, tanto en los tres grupos como entre las que van llegando con la incesante ola migratoria, se piensa según el dicho mexicano: "o te aclimatas o te aclimueres".